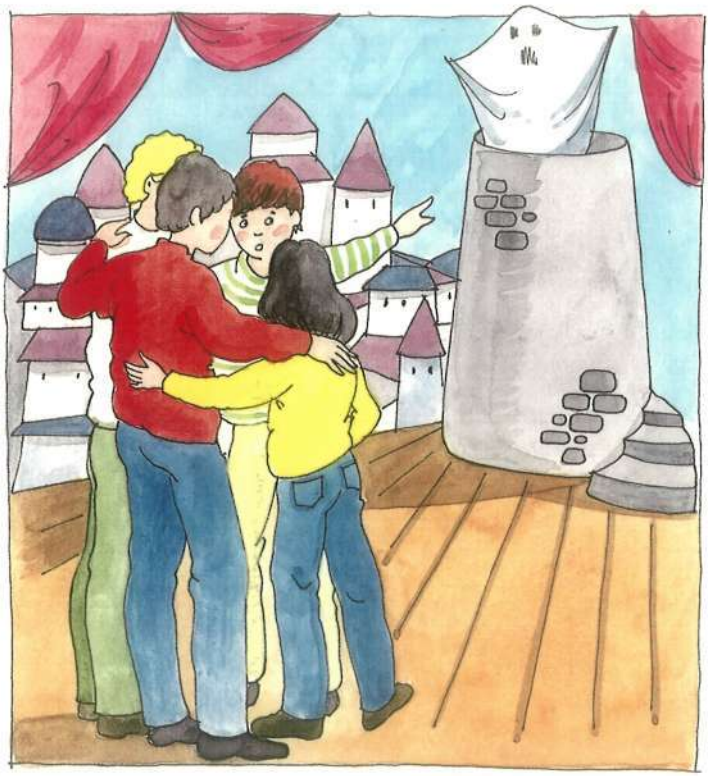
Colección de teatro infantil y juvenil.

Fuente Dorada

LA CIUDAD DE LA LUZ



FD

Germán Díez Barrio

18

El autor.

GERMAN DIEZ BARRIO nació en Buenavista de Valdavia (Palencia). Imparte clases de Lengua y Literatura en un Instituto de Bachillerato.

Pronto se apasiona por el teatro y fruto de ello son sus obras representadas en varios centros: *Seguimos naufragando, Cuando los peces flotan, La ventanilla...*

En sus obras teatrales publicadas siempe está presente la ironía: unas veces el personaje es Cristóbal Colón (*El quinto viaje de Crislón*, 1983); otras, el exceso de la tecnología (*Los robotines*, 1985); otras, el gusanillo del poder (*¿Qué tendrá el poder que nadie se apea de él?*, 1985)

Galardonado con varios premios de teatro, como el de «Ciudad de Alcázar» (Alcázar de San Juan) por su obra *Aquiles ante los muros de Troya*.

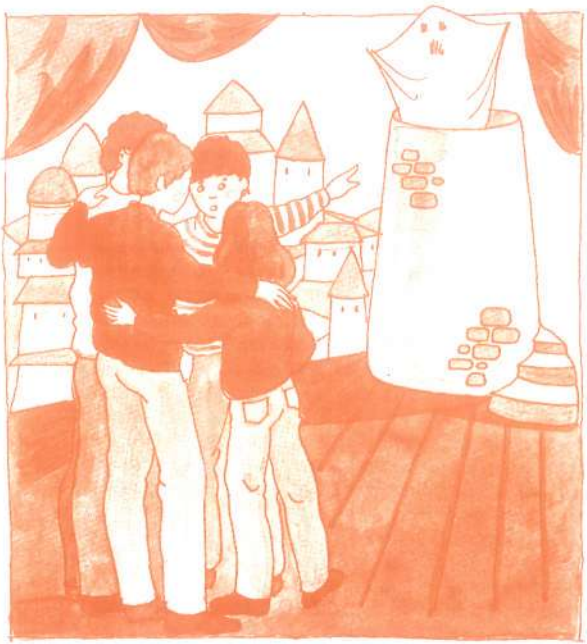
Le gusta mucho recorrer los pueblos y echar una parlada con los mayores. En los libros *Los refranes en la sabiduría popular* y en *Dichos populares castellanos* ha recogido la ciencia y el saber de estas gentes.

Colección de teatro infantil y juvenil.

18

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

LA CIUDAD DE LA LUZ



Germán Díez Barrio

Edita:
Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular
Fuente Dorada, 6-7. 47001 VALLADOLID

Director de la Colección:
JOSE GONZALEZ TORICES

Consejo de Redacción:
MARIA DEL PILAR ROMERO DEL RIO
LUIS FERNANDO GONZALEZ
PABLO CARRASCOSA MIGUEL

Ilustraciones: MARIA JESUS LEZA

Imprime: Gráficas Andrés Martín, S. A. - Paraíso, 8. Valladolid
Depósito Legal: VA. 709.—1989. I.S.B.N. 84-505-9053-1

INDICE

DE PALABRA 5
LA CIUDAD DE LA LUZ 9
EN UNA BIBLIOTECA 33
DIALOGOS GUERREROS 53
TEORIA Y TECNICA TEATRAL 69
TOMO NOTA 81
EL BUZON DE FUENTE DORADA 85

...de palabra

Hola, amigos:

Seguramente más de una vez os han dicho que el teatro es imaginación; y como vosotros tenéis mucha, podéis soltarla por vuestro pueblo o ciudad, dejarla que suba a la torre más alta para que se encuentre con el fantasma de Rusadir, ése que no deja vivir en paz a los vecinos del lugar. Otro día la imaginación puede volar a una biblioteca para encontrarse con una compañera. Y otro día puede quedarse en casa.

La puesta en escena de estas tres obritas que os propongo se puede realizar en tres sitios muy comunes para vosotros: La ciudad de la luz, en el escenario del colegio, que para eso está; En una biblioteca, no hace falta decir el lugar; y Diálogos guerreros, en vuestras casas, ¿por qué no?

Sólo la primera requiere un decorado más complejo, aunque se puede realizar perfectamente con unos grandes módulos de cartón o de madera similares a los que utilizabais de pequeños para construir casas, barcos, aviones, etc. Para las otras dos el montaje es más sencillo, más simple y más familiar.

Con estas obras busco vuestra diversión, la mía ya la he logrado. Yo me conformo con que os divirtáis la mitad de lo que me he divertido yo al escribirlas. De verdad.

Os decía al principio que el teatro es imaginación y también diversión.

¡Adelante con el teatro!

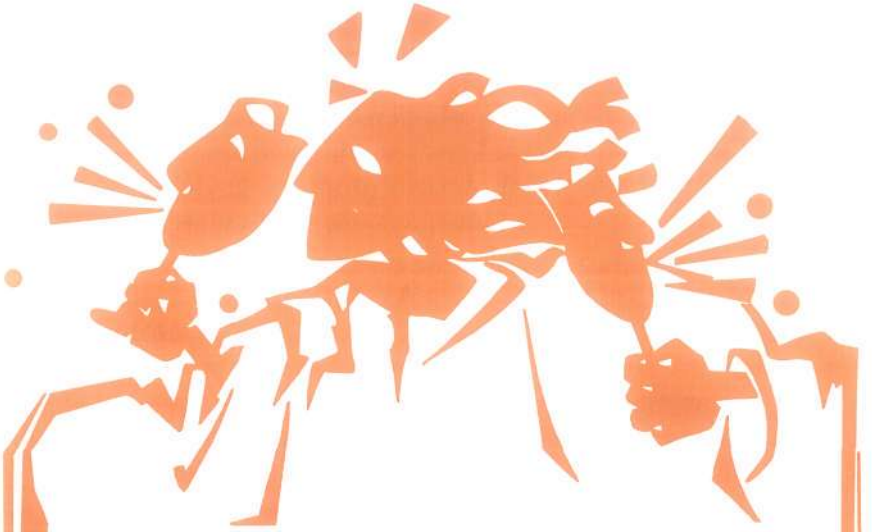
Germán Díez

A mis sobrinos:

Víctor R.
David
Alfredo
Mariano
Víctor

teatro Fuente Dorada

P R E S E N T A



LA CIUDAD DE LA LUZ

Personajes:

Carmina
Pancín
Lolo
Luisito
Vecino 1
Vecino 2
Vecino 3
Vecina 1
Vecina 2
Vecina 3
El fantasma de Rusadir

(Escenario totalmente vacío. Entra en escena Lolo, mira a todas partes. Con los dedos dibuja la pantalla de una televisión y se queda pegado a ella. A los pocos segundos viene Luisito comiendo un bocadillo y se queda fijo viendo la televisión imaginaria. Carmina llega muy contenta).

CARMINA.—Hola, chicos. ¿A que no sabéis lo que me he encontrado?

(Le mandan callar. Se suma al aburrimiento de Luisito y Lolo. No pestañean. El programa debe ser muy interesante. Pronto vemos asomar al abuelo Pancín que, como buen abuelo, tiene barba blanca).

PANCÍN.—Este silencio no podía ser de otra cosa.

LOLO.—¡Silencio, abuelo!

PANCÍN.—En esta casa da gusto estar cuando está el televisor puesto. No se oye una mosca. Os pasáis muchas horas pegados a él. Ya me he fijado que tenéis cara de pantalla.

(Se miran entre sí).

¡Apagad ese trasto!

(El abuelo va a marcharse, pero Carmina se da cuenta y con la mano borra la pantalla de la televisión).

CARMINA.—Ya se acabó el programa.

LOLO.—Abuelo, comprenderás que no lo íbamos a dejar a la mitad.

PANCÍN.—Siempre que vengo os pillo en la misma postura.

LUISITO.—Es que como tardabas nos aburríamos.

PANCÍN.—¿No se os ocurre otra cosa que pulsar el botón de la tele?

LOLO.—¿Cómo has tardado tanto?

PANCÍN.—He estado dando un paseo por el parque, que me viene muy bien.

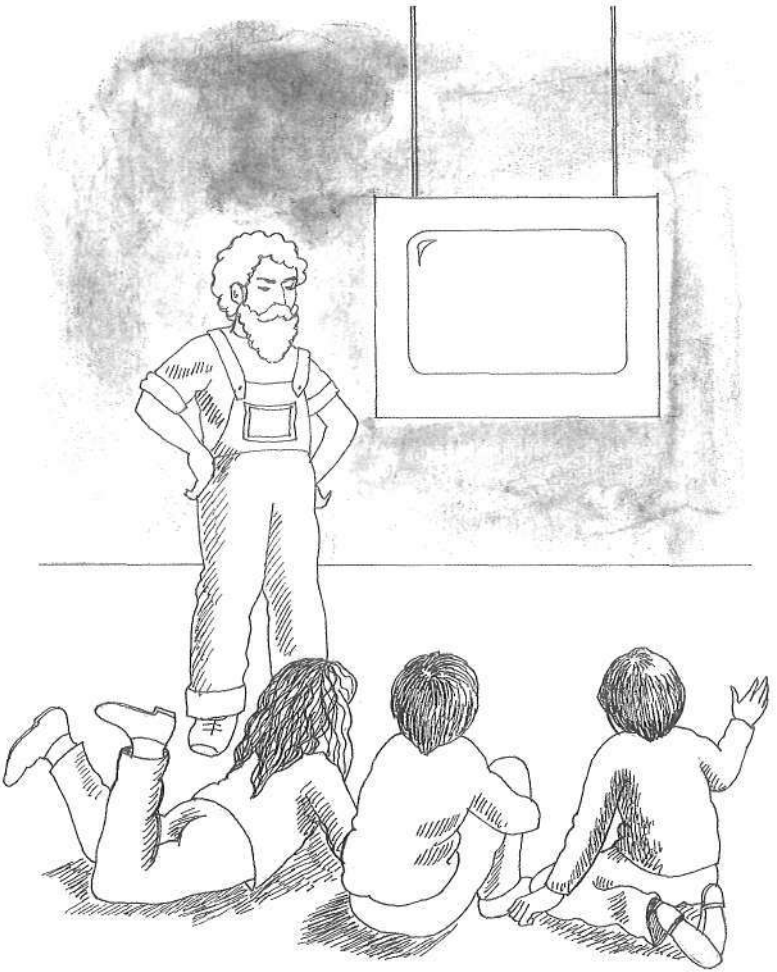
(Carmina le acerca una banqueta).

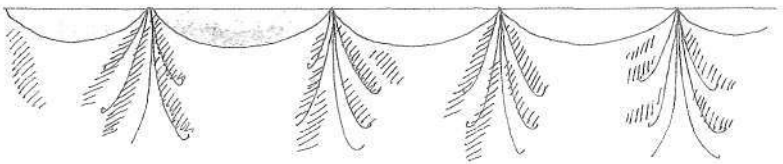
CARMINA.—Abuelo, siéntate.

PANCÍN.—Gracias, Carmina.

(Los nietos le hacen corro).

LOLO.—No me empujes que yo también quiero estar cerca del abuelo.





LUISITO.—Ha sido sin querer.

PANCÍN.—Os podéis acercar los tres, pero tened cuidado no me vayáis a tirar a mí *(A un nieto)*. Ponte sobre mis rodillas.

LOLO.—Yo también me quiero poner.

PANCÍN.—Un rato cada uno. Ya no estoy para trotes.

CARMINA.—¿Después me tocará a mí?

PANCÍN.—Bueno. Y después a Lolín. Vamos a ver, ¿habéis hecho los deberes?

LUISITO.—Ahora no nos mandan deberes para casa.

CARMINA.—A mí sí, pero pocos.

PANCÍN.—¡Qué tiempos éstos! No sé cómo... bueno, en fin, son cosas mías.

CARMINA.—Lo que más nos mandan es leer.

PANCÍN.—Pues vamos a empezar a leer. Luisito, vete a buscar un libro.

LUISITO.—No, abuelo, que estamos cansados.

LOLO.—Cuéntanos un cuento, abuelo.

CARMINA.—Sí, eso, un cuento.

PANCÍN.—Vosotros ya no tenéis edad para que os cuente cuentos. Lo que tenéis que hacer es leerlos en los libros que para eso se escriben. ¿No os han dicho en el colegio que leáis mucho? Ya podéis empezar.

LOLO.—Los cuentos tuyos son más bonitos.

PANCÍN.—Los cuentos no son míos, no me los he inventado yo. A mí me los contó mi abuelo y a mi abuelo su abuelo, y así sucesivamente.

LUISITO.—¡Tan viejos son!

PANCÍN.—Son de hace muchos años aunque no envejecen. La prueba es que a vosotros os siguen gustando.

LOLO.—¿Quién los inventó?

PANCÍN.—Eso no se sabe. Dicen que si vienen de Oriente, que si...

CARMINA.—*(Impaciente)*. Vamos, abuelo, no te hagas de rogar.

PANCÍN.—Si ya os los sabéis todos. Desde que erais pequeñines os estoy contando cuentos. Os los he contado tantas veces...

LOLO.—Cuéntanos el del león.

PANCÍN.—No, que luego soñáis por la noche.

CARMINA.—Yo hoy he soñado con un toro que me perse-

guía, menos mal que cuando me iba a coger tocó el despertador.

LOLO.—Anda, que si no toca...

CARMINA.—A estas horas estaría en el hospital.

LUISITO.—Pues yo he soñado con un bocata de jamón y cuando me levanté, tenía una sed...

CARMINA.—Tú comes hasta de dormido.

LUISITO.—Es cuando más me aprovecho.

PANCÍN.—Tenéis que comer mucho para crecer.

CARMINA.—Los consejitos del abuelo.

LUISITO.—A mí el cuento que más me gusta es el de La ciudad de la luz.

LOLO.—Ese, ése.

PANCÍN.—Bueno. ¿Me prometéis estar quietos?

TODOS.—Sí, abuelo.

(Oscuro total.

Aparece en el escenario una pequeña plataforma ovalada que se mueve por ruedas. En el centro de la plataforma vemos una lumbre en torno a la cual se colocan los nietos y el abuelo. Es la única luz que existe).

PANCÍN.—*(Iniciando el relato).* Había una vez una ciudad muy lejana situada al lado del mar que estaba totalmente destruida.

LUISITO.—La habían destruido unos hombres muy malos, ¿verdad, abuelo?

PANCÍN.—Sí, hijo. Como la ciudad estaba muy lejos, muy lejos, hacía mucho tiempo que no iba ningún hombre a visitarla.

LUISITO.—*(Continúa el relato del abuelo).* Cuando un barco se aproximaba y veía las ruinas de la antigua ciudad, pasaba de largo. Y así muchas veces y muchos años.

PANCÍN.—Hasta que un buen día llegó allí un grupo de pescadores. Recorrieron toda la ciudad y a pesar de estar tan destruida les pareció un buen sitio para vivir.

LUISITO.—*(Continúa el relato).* Entonces fueron a buscar a sus mujeres y a sus hijos y al poco tiempo volvieron y se asentaron en la ciudad.

PANCÍN.—Aunque todas las casas estaban abandonadas y medio caídas, les gustó el lugar porque brillaba mucho el sol.

LUISITO.—*(Continúa).* Y como estaba la ciudad al lado del mar, ellos podían vivir de la pesca.

(Se inicia la construcción de la ciudad. Varios chicos y chicas van construyendo la ciudad con módulos grandes parecidos a los que utilizan los niños peque-

ños para hacer barcos, casas, etc. La construcción coincide con la narración).

PANCÍN.—Se ponen todos a la obra y empiezan la tarea más difícil: levantar la ciudad. Trazan las calles, construyen una casa, luego otra y otra... hasta que hay una para cada vecino; una plaza muy grande donde se pueden reunir todos a tratar los asuntos de la comunidad; farolas para iluminarse por las noches.

(Colocan dos farolas delante del escaño).

LUISITO.—Se dan cuenta de que es necesaria una muralla para protegerse de los piratas, los del ojo tapado.

PANCÍN.—Y un faro.

(Detrás de las casas se alza el faro. En él se enciende una luz verde intermitente).

LUISITO.—Abuelo, se te ha olvidado la torre.

PANCÍN.—Tienes razón. Y una torre muy alta, orgullo de toda la ciudad.

(Una torre muy elevada preside la ciudad. Retiran la plataforma).

LUISITO.—Como era una ciudad con mucha luz..., pues eso, la bautizaron La ciudad de la luz.

(Se encienden todas las luces. Los nietos se unen a los demás chicos y se incorporan a la acción. De momento, al abuelo le dejamos descansar.

Se sitúan todos frente a la torre).

VECINO 1.—¿Qué os parece?

VECINA 1.—Esto es una maravilla.

VECINA 2.—Cuando vean nuestra ciudad, copiarán de ella.

VECINO 2.—Hemos hecho un buen trabajo.

VECINO 3.—Y tenemos motivos suficientes para estar contentos. Nos ha costado tiempo, pero aquí tenemos el resultado.

VECINO 2.—No pensé yo que la ayuda de las mujeres nos iba a ser tan útil.

VECINA 3.—¡Qué te habías creído, guapo!

VECINO 2.—No te lo tomes a mal.

CARMINA.—Los hombres siempre estáis igual.

LUISITO.—Esta torre será la admiración de todos los marineros que lleguen aquí.

VECINO 1.—Y el faro nos guiará cuando regresemos de la pesca.

VECINA 2.—Aquí nacerán nuestros hijos que también se dedicarán a pescar.

VECINO 2.—Y al comercio. ¿Por qué no al comercio?

VECINO 3.—Sí, también al comercio. Pero al comercio más tarde.

VECINO 2.—De acuerdo.

VECINA 1.—Y construiremos más casas llenas de luz.

LOLO.—La torre dominará toda la ciudad y desde allí arriba podremos verlo todo.

LUISITO.—Cuando se acerque algún barco no nos pillará de sorpresa.

VECINO 1.—Simplemente con dar una voz nos enteramos todos.

VECINO 3.—Los hombre vamos a ir a pescar y a la noche haremos una cena todos juntos en la plaza.

VECINA 3.—Muy buena idea has tenido.

VECINO 3.—Y vosotras, las mujeres, preparad mientras las cosas.

(Los vecinos se meten en sus casas. Una canción nos dice que los pescadores se van alejando.

Oscuro total. Se enciende y se apaga continuamente una luz en la torre. El fantasma de Rusadir asoma por la ventana de la torre.

Vuelven las mujeres asustadas).

CARMINA.—¿Qué pasa?

VECINA 1.—Nos hemos quedado sin luz.

VECINA 2.—Está todo a oscuras.

CARMINA.—Agarraos de la mano no vayamos a tropezar.

(Luz en la torre).

VECINA 3.—Mirad la torre, se enciende y se apaga.

CARMINA.—¿Quién hay ahí?

VECINA 3.—¡Esto es muy extraño!

VECINA 2.—¿Os habéis fijado? Parece un fantasma.

VECINA 1.—¡Dios mío, un fantasma!

CARMINA.—No hay que alarmarse, igual es una imaginación.

VECINA 1.—De imaginaciones, nada. ¿O es que no lo ves? Es un fantasma con todas las de la ley.

CARMINA.—Los fantasmas no existen.

VECINA 1.—Si no te fías, ahí tienes uno.

CARMINA.—Lo mismo no hay nada debajo de la sábana.

(El fantasma se mueve tanto que parece que va a saltar de la torre).

VECINA 1.—Ha esperado a que marchasen los hombres para aparecer.

VECINA 2.—Estamos solas.

CARMINA.—¿Tiramos piedras para comprobar si hay algo debajo de la sábana?

FANTASMA.—*(Voz de ultratumba).* Es inútil, no me daréis.

VECINA 3.—¿Quién será?

VECINA 1.—¿Pues no lo ves? ¡Un fantasma!

VECINA 3.—Quiero decir que tendrá nombre y apellidos.

FANTASMA.—Soy el fantasma de Rusadir.

VECINA 3.—¿De dónde habrá salido?

VECINA 2.—¡Si aquí no había nadie!

VECINA 1.—Esa torre es nuestra, la hemos construido nosotros.

FANTASMA.—Je, je, je...

CARMINA.—Nosotros y nuestros maridos.

VECINA 1.—¡Que se baje!

VECINA 2.—¿Y si es un hombre poderoso y nos castiga?

VECINA 1.—Es igual.

VECINA 3.—¡Que se vaya!

CARMINA.—¿Quién le ha dado permiso para ocupar la torre?

FANTASMA.—*(Riéndose)*. Ja, ja, ja... El fantasma de Rusadir no necesita permiso para nada. Vosotros no me conocéis, ¿verdad?

VECINA 3.—Pues no.

FANTASMA.—Soy el dueño de todas estas tierras.

VECINA 3.—Cuando nosotros nos asentamos no había nadie.

FANTASMA.—Los fantasmas sólo nos dejamos ver en algunas ocasiones.

CARMINA.—Como estaba todo abandonado, pensamos que esta tierra no tenía dueño.

VECINA 1.—Nosotros hemos construido las casas, la torre, el faro; por tanto nos pertenece.

FANTASMA.—Veo que habéis sido poco inteligentes.

VECINA 2.—¡Será bribón este tío!

FANTASMA.—*(Enfadado)*. ¡Cómo!

VECINA 2.—*(En un aprieto)*. Nada, que... que será usted... muy mirón desde ese sitio. Quiero decir que... que desde ahí arriba se verá bien.

Marie Jesus Lopez

FANTASMA.—Sí, lo veo todo. Las tierras que se ven desde aquí son mis posesiones. Algún día, si os portáis bien, os dejaré subir. Aunque..., pensándolo bien, demasiado he hecho con permitir la construcción de las casas.

(Desaparece el Fantasma y con él, la luz).

VECINA 2.—¿Qué podemos hacer?

CARMINA.—Nosotras solas no podemos decidir.

VECINA 1.—Entonces esperaremos a que lleguen nuestros maridos.

VECINA 3.—Defenderemos nuestra tierra. Nosotros hemos sido los primeros.

(Se retiran a sus casas.
Dos barcos atraviesan lentamente la escena. Una luz identifica a los pescadores. Se oyen voces fuera).

– ¿Traéis mucha pesca?
– ¿Cuánto habéis cogido?
– Lo suficiente para cenar y para poder salar algo.
– Lo celebraremos todos juntos en la plaza.
– ¿Habéis ido muy lejos?

(Se enciende y se apaga continuamente la luz de la torre).

VECINO 1.—¿Qué es esa luz?

VECINO 2.—¿Qué pasa aquí?

CARMINA.—Nada.

VECINO 2.—¡Cómo que nada!

VECINO 1.—¿Quién está en la torre?

CARMINA.—Es que... es que... cuando vosotros estabais pescando apareció una luz en la torre.

LOLO.—¡Una luz en la torre!

VECINA 3.—Y después un fantasma.

LUISITO.—Figuraciones vuestras. Eso es porque teníais miedo.

VECINO 3.—No hay por qué temer. Aquí estamos solos. Somos los dueños de esta tierra.

CARMINA.—Ya, pero esa luz...

(Vuelve a encenderse y apagarse la luz).

VECINO 1.—¡Se ha vuelto a encender!

VECINO 2.—Esto me huele a chamusquina.

(Todos a escena. Aparece de nuevo el Fantasma).

LUISITO.—¡Pues es verdad lo del fantasma!

VECINO 1.—*(Sacando pecho)*. Vamos a ver, ¿quién es usted?

FANTASMA.—Un fantasma.

VECINO 1.—No tiene ningún derecho a ocupar la torre que hemos construido nosotros con nuestro esfuerzo.

VECINA 2.—Ya le hemos dicho nosotras que esta tierra es nuestra.

LOLO.—Pues que se vaya.

LUISITO.—No queremos personas extrañas.

FANTASMA.—Como veo que estáis todos reunidos, aprovecho la ocasión para deciros que a partir de hoy controlaré todos vuestros movimientos.

VECINO 3.—Eso ya lo veremos.

FANTASMA.—Desde aquí arriba se ven las cosas de otra manera. Vosotros lo que tenéis que hacer es pescar y yo cuidaré de lo demás.

VECINO 1.—*(A las mujeres).* ¿Por qué le habéis dejado instalarse aquí?

VECINA 1.—No hemos podido hacer nada.

VECINA 3.—Apareció cuando menos lo esperábamos.

VECINA 2.—¿Qué queríais que hiciéramos?

CARMINA.—No podíamos decidir sin vosotros.

VECINA 2.—Parece que nosotras somos las culpables.

VECINO 2.—No es eso.

CARMINA.—Ya sabéis que siempre se imponen los de arriba.

(Vuelve la plataforma con Pancín y los nietos que se incorporan al relato. La plataforma se sitúa en la parte delantera del escenario).

PANCÍN.—*(Continúa el relato)*. Porque los de arriba ven más pequeños a los de abajo. Los habitantes de la ciudad de la luz tenían miedo al fantasma porque el fantasma de Rusadir poseía muchos poderes.

LUISITO.—*(Continúa)*. Por ejemplo: podía quitarles la luz y con un solo gesto destruir la ciudad que con tanto esfuerzo habían construido sus habitantes.

LOLO.—¿Quién le había dado esos poderes al fantasma, abuelo?

PANCÍN.—No se sabe. Lo que sí se sabe es que a los habitantes les entró tal temor que convocaron una asamblea para decidir lo que deberían hacer entre todos.

(Retiran la plataforma.
Los vecinos se sientan en círculo a deliberar).

- Este fantoche ha venido a destruir nuestra paz y nuestros hogares.
- Le echaremos.
- No queremos personas extrañas.
- ¡Nos tiene atemorizados!
- Si ahora no nos decidimos después será tarde.

– ¡Si sólo es una sábana!
– Ya, ¡pero cuando se mueve...!
– ¡Fuera con él!
– ¡Que no nos amargue ni un día más!
– ¡Que se vaya a otra parte!
– ¿Estamos todos de acuerdo?

TODOS.—¡Sí! Todos conformes.
– Pues que se vaya a freír churros.
– ¿Y si quemamos la ciudad?
– No resultaría, pereceríamos todos.
– ¿Y si destruimos la torre?
– Sí, señor. Bien pensado. Si no está por encima de nosotros, no tendrá sentido su existencia y dejará de ser fantasma.
– ¡Todos a una!
– ¡A por él!

FANTASMA.—Me vengaré.
– Pues que se vengue.
– ¡Vamos!
– ¡Sin miedo!

(Ruidos. Destruyen la torre y desaparece el fantasma).

FANTASMA.—*(Cada vez se oye más lejos su voz).* Me vengaré... Me vengaré... Me vengaré...

(Luz total.
Se oyen voces).

– No queremos fantasmas en nuestra ciudad.

– Son unos tiranos.
– Nos quitan la luz.
– Y no nos dejan vivir en paz.

(Ya os habréis dado cuenta de que el abuelo Pancín, en contra suya, ha tenido que hacer de fantasma.

Los vecinos en el lugar de la torre construyen una casa igual a las demás.

De nuevo la plataforma con Pancín y los nietos):

CARMINA.—¿Por qué tiraron la torre, abuelo?

PANCÍN.—Porque la torre era más alta que los demás edificios y rompía la estructura de la ciudad.

CARMINA.—¿Sólo por eso?

PANCÍN.—Sólo por eso, no. Destruyeron la torre porque desde ella se veía más pequeños a los habitantes de la ciudad.

LOLO.—¿Y entonces por qué dejaron el faro?

PANCÍN.—Sin él no podían guiarse los pescadores. Ya os he dicho que vivían de la pesca. ¿Te has fijado, Luisito, que ahora todos los edificios son iguales?

LUISITO.—Sí, abuelo. Y no se quitan la luz unos a otros.

CARMINA.—Y ahora se les ve a todos iguales.

PANCÍN.—Eso es.

(Vemos unas barcas que atraviesan la escena. Llevan una luz verde).

LUISITO.—Los hombres, muy contentos con lo que habían hecho, volvieron a salir a pescar.

PANCÍN.—Y a partir de entonces todos los habitantes cambiaron sus caras oscuras por otras llenas de luz.

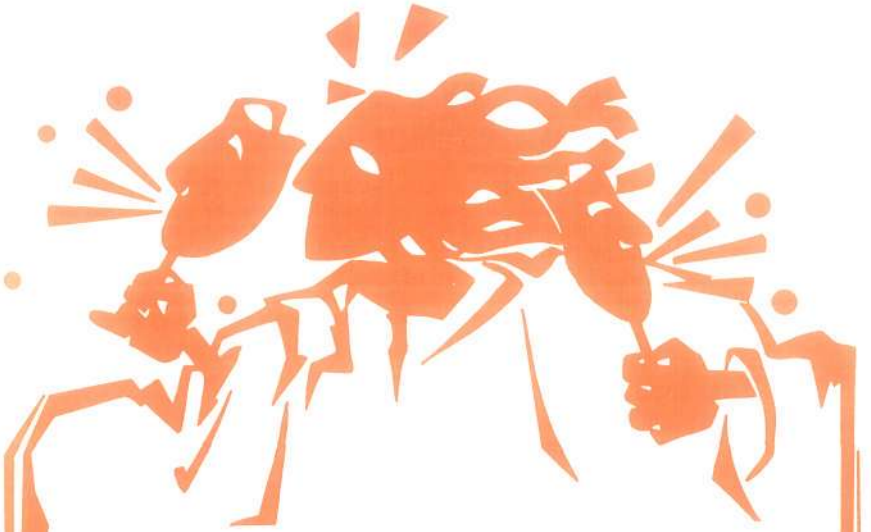
LOLO.—Porque vivían en La ciudad de la luz, ¿verdad, abuelo?

F I N

teatro

Fuente Dorada

P R E S E N T A



EN UNA BIBLIOTECA

Personajes:

Ayudante
David
Víctor
Un libro

(Estamos en una de las salas de una biblioteca pública. Dicha sala está forrada de estanterías repletas de libros. Una mesa muy grande en el centro. A la derecha, el hueco de entrada y salida. Mucha luz.

Entra un Ayudante de Biblioteca, trae dos fichas en la mano. Detrás le siguen, un poco acobardados, Víctor y David).

AYUDANTE.—Sentaos ahí.

(Busca en las estanterías hasta que encuentra los dos libros pedidos).

Aquí tenéis los libros. Ya sabéis que no se puede hablar. No creo que haga falta recordarlo.

(Sale. Le siguen con la vista los dos).

DAVID.—*(Hojeando el libro).* ¡Cuántas hojas tiene! ¿Aquí cómo se busca lo que tenemos que escribir?

VÍCTOR.—Mira en la palabra Pedro.

DAVID.—No terminamos en una semana.

(Vuelve el Ayudante).

AYUDANTE.—¡Silencio! Aquí no se puede hablar.

DAVID.—¿Y si hablamos bajo?

AYUDANTE.—Tampoco.

VÍCTOR.—Es que tenemos que hacer un trabajo que nos han mandado para mañana.

AYUDANTE.—Bueno, bueno. Ahora que estáis solos podéis hablar, pero en el momento en que empiece a llegar la gente no quiero oír ni una mosca.

DAVID.—Bueno.

AYUDANTE.—Así que ya sabéis.

(Sale).

DAVID.—Tu libro es más pequeño.

VÍCTOR.—Si lo vamos a hacer juntos.

DAVID.—¿Cómo lo busco?

VÍCTOR.—Ya te he dicho que busques por Pedro.

DAVID.—¡Hala, Víctor, los que vienen! Escucha: Pedro I de Aragón, Pedro II el Católico...

VÍCTOR.—Esos no son. Mira en los reyes de Castilla.

DAVID.—Reyes de Castilla. Aquí está: Pedro I el Cruel. *(Lee).* «Nació en Burgos en 1334. Hijo de Alfonso XI y María de Portugal. Fue rey de Castilla y León de 1350 a 1369».

(Se oye la voz de un libro que está en una estantería. Su voz se puede grabar en off o en directo con un micrófono o... Hay muchos procedimientos).

LIBRO.—Hola, chicos.

DAVID.—Viene gente.

VÍCTOR.—Tendremos que hablar más bajo.

DAVID.—Lo mismo se quedan en la otra sala que es más grande que ésta.

LIBRO.—No viene nadie. Soy yo que estoy aquí.

DAVID.—¿Y tú quién eres?

LIBRO.—Soy un libro.

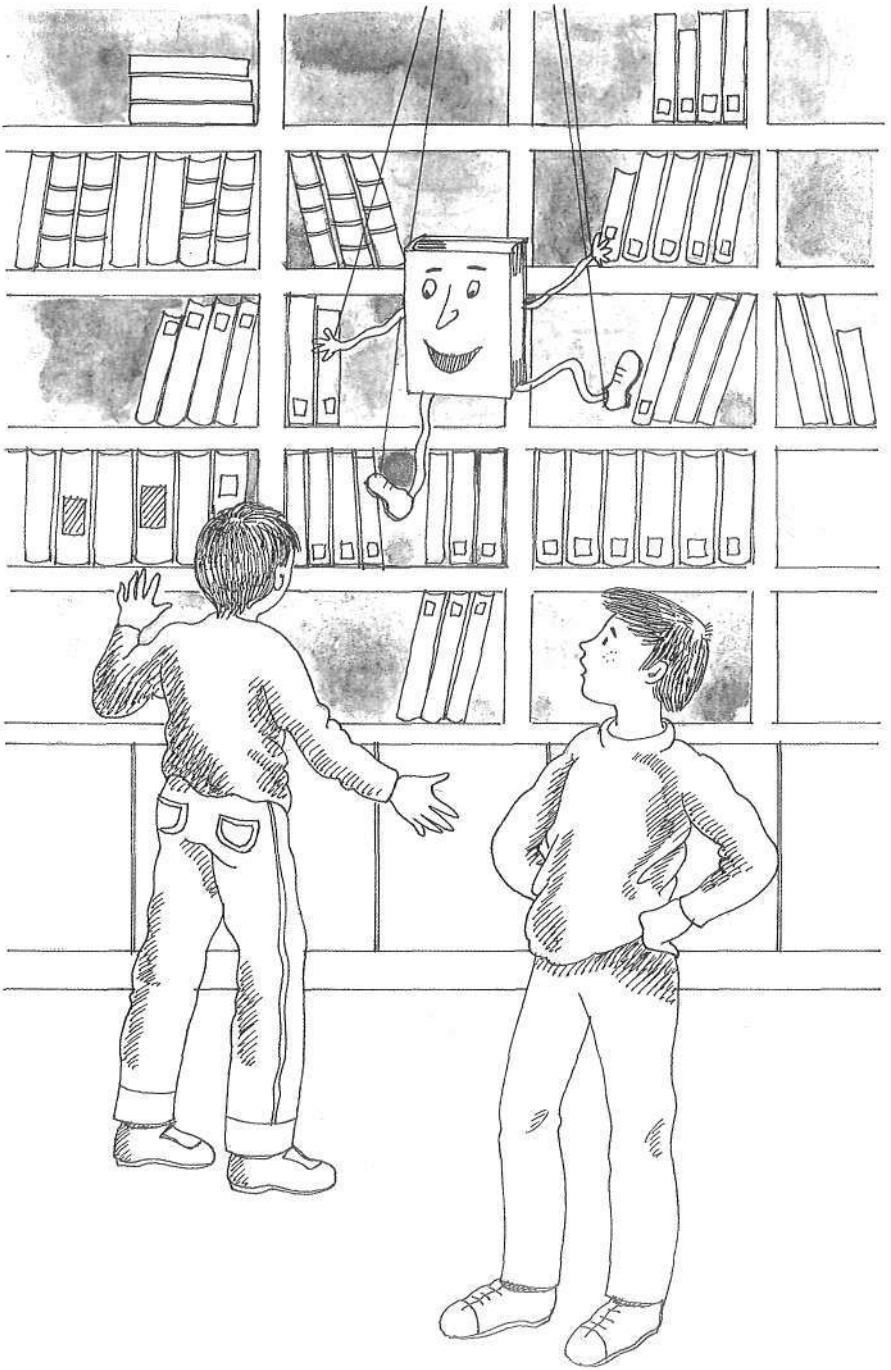
DAVID.—*(Asustado).* Víctor, ¿los libros hablan?

VÍCTOR.—Algunos, sí.

(Recorren con la vista las estanterías hasta que ven un libro que se mueve. Está en el centro del escenario).

LIBRO.—No tengáis miedo que no os voy a hacer nada.

VÍCTOR.—Es que no hemos visto nunca hablar a un libro.



LIBRO.—Alguna vez tenía que ser la primera.

DAVID.—¿Qué haces ahí?

LIBRO.—¿Tú qué crees?

DAVID.—Nada. Yo no creo nada. Vámonos, Víctor, que este libro mío no trae lo que buscamos.

LIBRO.—¿Cómo os vais a marchar si acabáis de llegar?

VÍCTOR.—Si no nos vamos.

LIBRO.—Esta sala es la más tranquila de toda la biblioteca y donde mejor se trabaja.

DAVID.—*(Muy cortado)*. Es que... es que...

VÍCTOR.—Es que nos has asustado.

LIBRO.—No es para tanto.

DAVID.—Para mí una cosa sin vida, que no se mueve y que hable es un poco...

LIBRO.—*(Ofendido)*. ¡Cómo que sin vida! ¿Tú qué te has creído? Yo he nacido y crecido como todo el mundo. ¡Pues no faltaría más!

DAVID.—¡Ah, sí! Cuéntanos, ¿cómo naciste?

LIBRO.—Pues como todos, gracias a un escritor.

DAVID.—Eso no es nacer.

LIBRO.—¡Que no es nacer! A ti te han dado la vida tus padres y a mí, un escritor.

VÍCTOR.—¿De esos famosos?

LIBRO.—No. Mi padre, es decir, mi inventor, no es famoso, aunque estoy seguro que lo será. Le costé un gran esfuerzo. Me estuvo pensando mucho tiempo, tanto que creí que no iba a nacer. Me cambió muchas veces de ropa, digo de palabras, hasta que por fin dio con las apropiadas. La verdad es que yo así me encuentro mejor.

DAVID.—¿Tú también creces?

LIBRO.—Ahora ya no. Al principio tenía pocas páginas y poco a poco fui creciendo hasta llegar a las que tengo en estos momentos. ¿A que no acertáis cuántas?

(Se acercan a la estantería).

DAVID.—Cien.

VÍCTOR.—Ciento treinta.

LIBRO.—Calculáis bien. ¿Leéis muchos libros?

VÍCTOR.—Vaya, bastantes.

DAVID.—Yo, menos.

LIBRO.—Pues tienes que leer más.

DAVID.—A veces me canso de leer.

LIBRO.—Tienes que escoger libros que te entretengan y que te intriguen, ya verás cómo no te cansas. A lo que iba, una vez que terminó de escribirme, me metió en el cajón derecho de su mesa, yo creo que sin esperanzas de darme a la luz. Hasta que un día leyó en un periódico las bases para participar en un concurso de cuentos.

DAVID.—¿El que te ha escrito a ti escribe cuentos?

LIBRO.—¿Por qué no le llamas mi padre?

DAVID.—Porque... porque no me sale.

LIBRO.—Mi padre escribe cuentos y muchas cosas más. Pues eso, se ilusionó y me sacó del cajón. ¡Qué respiro! Casi había perdido el color. Llevaba muchos días sin salir. Me echó un vistazo, me envolvió en un papel marrón de esos de hacer paquetes y me llevó a Correos. Me pusieron varios sellos, bueno, a mí no, al papel; si no habría protestado. Allí me junté con muchas cartas, con paquetes de todos los estilos y con algunos parecidos a mí que también iban certificados. Llegué a hacer buena amistad con uno, pero como él iba destinado a otro concurso tuvimos que separarnos.

VÍCTOR.—¿También era un libro de cuentos?

LIBRO.—No. Era un libro de poesías. Me leyó algunas muy bonitas. Todavía me acuerdo de una:

Acecho, luna, tu cuerpo
desde mi alcoba escondida,

al lado de mi ventana
cerrada en la noche tibia,
lamiendo la luz despacio
que penetra en las rendijas.

A los miembros del jurado les causé muy buena impresión. Hubo uno que me leyó tres veces.

VÍCTOR.—¿Y el autor qué hacía?

LIBRO.—Nada. Estaba pendiente del fallo del jurado. Se encontraba muy nervioso esperando el día, sin embargo aparentaba tranquilidad. Fijaos si estaba nervioso que una vez echó la ceniza del cigarrillo en el café creyendo que era el cenicero y ni se enteró.

DAVID.—Ese es más despistado que mi abuela.

VÍCTOR.—A la abuela se le olvidan las cosas por la edad. ¿Estaba tan seguro que le iban a dar el premio?

LIBRO.—El dice siempre que estas cosas no se saben, que se intuyen.

VÍCTOR.—¿Quién le dijo que había ganado el premio?

LIBRO.—Se enteró por la prensa. Le patinaba la vista cuando leyó su nombre y el mío. Se puso tan contento que creí que se volvía loco.

DAVID.—¡Jo, un premio!

LIBRO.—Yo me alegro mucho por él. El premio le ha levantado el ánimo y se ha puesto a escribir como un descosido.

Tuvo que ir a recoger el premio y leer un cuento en público *(Baja el tono de voz)*. Esto no quiere que lo diga: al acercarse al presidente del jurado, tropezó en un banco y casi se cae.

VÍCTOR.—Estaría nervioso.

LIBRO.—Luego le dieron un papel pequeño que decían que valía mucho dinero.

VÍCTOR.—Un cheque.

LIBRO.—Eso, un cheque. Fue un día muy feliz, hasta yo me puse de gala.

VÍCTOR.—¿Qué es eso de ponerte de gala?

LIBRO.—Pues es..., vamos..., que me imprimieron en papel bueno con letras especiales y me colocaron el traje de fiesta.

VÍCTOR.—¡Un traje!

LIBRO.—Sí. Las pastas amarillas. Estas que llevo ahora.

(Lo ojean).

¿Os gustan?

DAVID.—Sí, mucho.

VÍCTOR.—Es el más bonito de todos.

LIBRO.—Y me entregaron al dueño. Fue un acto inolvidable. Enrique, el que me escribió, se puso de tiros largos. Hacía que no llevaba corbata desde la Primera Comunión y, claro, un vecino le tuvo que dar el nudo. Después se fueron a comer y yo con ellos. Me metió en el bolso de la chaqueta y allí estuve todo el rato. Y tan tranquilo.

VÍCTOR.—¡Qué suerte tener un padre escritor!

LIBRO.—¡Ya es hora de que me reconozcáis algo!

DAVID.—Antes te hemos dicho que nos gustan mucho tus pastas.

LIBRO.—Cuando llegamos a casa, Enrique estaba muy cansado; sin embargo se tumbó en la cama, me cogió en sus manos y no se separó de mí hasta que terminó de leerme. Ese día dormí junto a él, encima de la mesilla. Otras veces he dormido apresado en su cabeza.

(Silencio triste).

VÍCTOR.—*(Entusiasmado)*. Sigue, sigue.

LIBRO.—Al levantarse, me miró, sonrió y me colocó en un lugar predilecto de su biblioteca. No sabéis el placer que se siente cuando se preocupan de uno, cuando te cuidan y te miman.

DAVID.—¿Si tanto te quiere por qué no estás ahora en su casa?

LIBRO.—Ya he estado un tiempo y muy bien atendido. Pero allí el único que me leía era él y me sabía de memoria.

Entónces decidió regalarme a esta biblioteca pública para que me leyeran más personas.

VÍCTOR.—Tiene razón.

DAVID.—¿Te leen muchos?

LIBRO.—Bastantes. No me puedo quejar. Al principio como no sabían que estaba aquí, no reparaban en mí, sin embargo cuando se enteraron empezaron a leerme. Dicen que tengo escritos cuentos muy amenos. ¿Me queréis leer?

VÍCTOR.—No podemos.

DAVID.—El señor que vino antes con nosotros no nos deja.

VÍCTOR.—Tenemos que rellenar una ficha y dársela a él para que nos entregue el libro.

LIBRO.—No os preocupéis, no os verá. Me podéis coger.

DAVID.—Bueno.

LIBRO.—Se cansa uno de estar siempre en la misma postura. Si oís pasos me colocáis rápidamente en mi sitio.

(David coge el libro de la estantería. A partir de ahora el libro se puede manejar con hilos, igual que una marioneta. Con dichos movimientos lograremos mayor viveza).

DAVID.—*(Fijándose en la portada).* Eres muy guapo.

LIBRO.—¿Os gusta mi traje?

VÍCTOR.—Sí, mucho.

LIBRO.—Abridme en la página 29 y leed.

DAVID.—*(Lee)*. «Apenas empieza el sol a calentar cuando llega don Manuel. Don Manuel es mi dueño, vamos, dice la gente que es mi dueño. Lo primero que hace es sacar el pañuelo y limpiarme.

Oímos el ruido de una fuente cercana y el trino de los pájaros.

Se sienta con mucho cuidado.

– Buenos días, don Manuel.

Don Manuel se aprende el periódico, especialmente las páginas deportivas y las de sucesos.

– ¿Qué, don Manuel, tomando el sol?

– Un poquillo.

Toda la gente que pasa le saluda. El aprecio y la consideración le viene de muy lejos, tal vez de cuando don Manuel se ganó el don.

Un ligero vientecillo mueve las hojas de los árboles.

Don Manuel se retoca la corbata, se estira la chaqueta y comienza a caminar. Tendrá prisa. ¿Con quién habrá quedado?

El banco mira los rayos del sol y calcula la hora.

– Es la hora de la comida. ¡Cómo se me habrá pasado tan rápidamente el tiempo! Debe ser porque estamos en primavera».

LIBRO.—¿Qué os parece?

DAVID.—A mí me gusta mucho.

VÍCTOR.—Es un banco de esos que hay en los jardines y parques, ¿verdad?

LIBRO.—Anque era un banco público, todos decían que era el banco de don Manuel.

DAVID.—Oye, ¿por qué don Manuel se marchó tan pronto?

LIBRO.—Si no era tan pronto, lo que pasa es que al banco se le había pasado el tiempo más rápido de la cuenta. Ahora lee tú, Víctor.

DAVID.—Toma.

VÍCTOR.—*(Lee)*. «El banco está impaciente porque el mendigo no acaba de llegar. Cada vez que se retrasa Juanón, el banco teme por su vida. No te preocupes que está al caer.

Parece como si el banco se moviera. Juan, el mendigo, se acerca pidiendo disculpas:

– Hoy me he retrasado un poco.
– No tiene importancia.
– Se me ha dado muy mal la mañana.
– Duérmete un rato.
– ¿Tú crees que podré?

A pesar de tener la barriga vacía, Juanón, cayó en un sueño muy profundo. Como en estos casos siempre ocurre lo mismo, nuestro mendigo soñó que estaba en un restaurante comiéndose una pata de cordero y su postre soñado: tarta de manzana.

Todas las comilonas tienen mala siesta.

– ¡Qué sed tengo!, dijo.

Echó un trago de vino y se fue».

DAVID.—¡Pobre Juanón!

VÍCTOR.—Parece buena persona.

DAVID.—No tiene trabajo, ¿verdad?

LIBRO.—Ni tiene ni lo busca. El siempre dice que quiere ser como un pájaro e ir de un lado para otro sin que nadie le mande.

DAVID.—¿Viene todos los días a sentarse?

LIBRO.—Sin el banco no puede vivir*(Pausa)*. Nos lo estamos pasando muy bien y a mí me gustaría que siguiésemos hablando, pero vosotros no habéis venido a hablar y yo os estoy entreteniendo.

VÍCTOR.—Hemos venido a la biblioteca a hacer un trabajo que nos ha mandado el profesor de Sociales.

LIBRO.—¿Sobre qué?

VÍCTOR.—Sobre Pedro I el Cruel.

DAVID.—*(Al libro)*. ¿Tú sabes algo de él?

LIBRO.—Va, cuatro cosas que he oído aquí, todas muy elementales: que si se casó con una y luego la repudió para casarse con otra y que luego le mató su hermano.

VÍCTOR.—¿Quién era el que ayudó al hermano, ése que dijo: ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor?

LIBRO.—Creo que era un francés, no me hagáis mucho caso. Sé que estaban peleando y Pedro el Cruel estaba encima,

entonces vino el francés, les dio la vuelta y Enrique de Trastámara mató a Pedro I.

DAVID.—¡Qué interesante!

VÍCTOR.—Parece un cuento.

LIBRO.—Fue historia, aunque la verdad a veces la historia es un cuento.

DAVID.—Y más la que nos dan a nosotros.

LIBRO.—Os estoy interrumpiendo.

DAVID.—No, no, que estamos muy a gusto contigo. Y encima nos estás ayudando.

LIBRO.—Hacía muchos días que no tenía la oportunidad de hablar con nadie, tal vez por eso creo que me he pasado. ¿Me pedonáis?

DAVID.—Continúa.

LIBRO.—Será mejor que me coloquéis en mi sitio. Vosotros tenéis que seguir con el trabajo.

DAVID.—¡Si no queda más remedio!

(Coloca el libro en la estantería).

LIBRO.—Sácame un poco más que si no no se me ve. Este grande que tengo al lado me tapa.

DAVID.—Perdona.

LIBRO.—Así estoy bien.

(Siguen con el trabajo).

DAVID.—*(Coge el libro).* Sigo. Tú, copia.

VÍCTOR.—Sí, pero no corras.

DAVID.—Pues dilo.

VÍCTOR.—Se adelanta más leyendo que copiando.

DAVID.—Luego cambiamos *(Lee).* «Fue rey de Castilla y León de 1350 a 1369».

VÍCTOR.—Eso ya lo he copiado.

DAVID.—*(Lee).* «Se casó con Blanca de Borbón, a la que desterró para casarse con María de Padilla; esto provocó la guerra con Alfonso IV de Aragón, y tras la derrota de Montiel (1369), Pedro I pereció a manos de su hermano natural, Enrique de Trastámara» *(Silencio).* Aquí viene lo del francés, se llamaba *(deletrea)* Beltrán du Gesclein y fue el que ayudó a Enrique de Trastámara a vencer a su hermano y el que dijo eso de: «Ni quito ni pongo rey...».

(Se oyen pasos. Entra el Ayudante).

AYUDANTE.—Dentro de diez minutos vamos a cerrar.

DAVID.—¡Tan pronto!

AYUDANTE.—Es la hora.

(Sale. Continúan).

DAVID.—*(Lee).* «Tuvo que hacer frente a las consecuencias económicas y sociales de la peste negra: descenso de la población, aumento de precios y salarios, inseguridad en los caminos, etc., y reunió para ello las Cortes de Valladolid...».

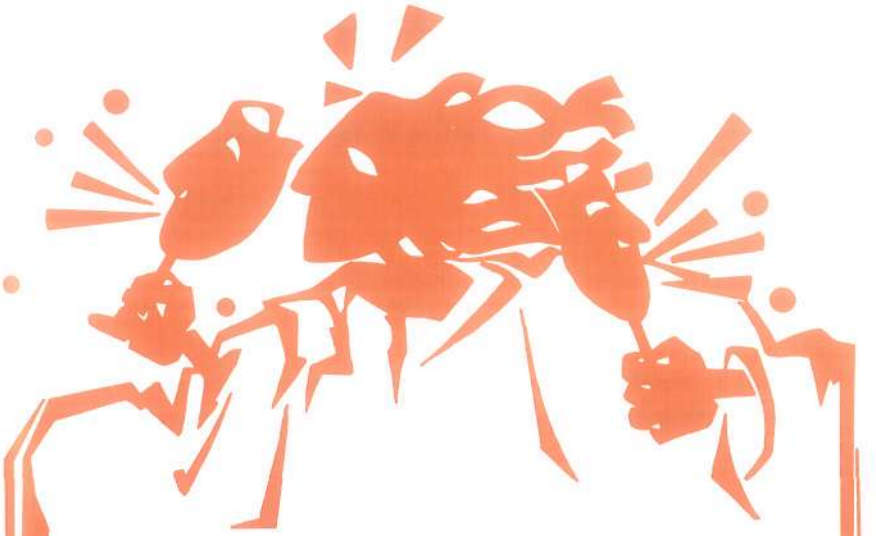
(Se pierde la voz. La luz disminuye lentamente hasta que se hace el oscuro).

FIN

teatro

Fuente Dorada

P R E S E N T A



DIALOGOS GUERREROS

Personajes:

Niño 1
Niña
Niño 2

(Tres niños en torno a una mesa hacen los deberes).

NIÑO 1.—Déjame copiar el primer problema.

NIÑA.—Lo he dejado, no me sale.

NIÑO 1.—¡Qué pesado es esto de hacer los deberes! No nos queda tiempo ni siquiera para jugar.

NIÑA.—Parece que los profes nunca han sido niños. Y luego van y te saltan por la tele que el niño necesita diariamente no sé cuántas horas para distraerse.

NIÑO 1.—Cuando están en clase se olvidan de todas las buenas ideas y nos llenan de deberes.

NIÑA.—¡Qué cara le echan!

NIÑO 2.—¿Qué os da el problema de los minutos?

NIÑA.—A mí, 49.

NIÑO 1.—A mí, 30.

NIÑO 2.—Pues a mí, 33.

NIÑO 1.—Alguno está equivocado.

NIÑA.—Lo mismo estamos equivocados los tres.

NIÑO 1.—¡Es un rollo! Me aburro.

NIÑA.—¿Por qué no jugamos a algo?

NIÑO 2.—¿Jugamos a los animales?

NIÑA.—Somos pocos.

NIÑO 2.—Pues entonces, a las palabras.

NIÑA.—Vale, a las palabras.

NIÑO 1.—Bueno.

NIÑO 2.—*(A niña)*. Empieza tú.

(Juegan a las palabras encadenadas).

NIÑA.—Tomate.

NIÑO 1.—Tela.

NIÑO 2.—Lata.

NIÑA.—Talismán.

NIÑO 1.—Mantener.

NIÑO 2.—Nervioso.

NIÑA.—Soto.

NIÑO 1.—Topo.

NIÑO 2.—Polea.

NIÑA.—Ataque.

NIÑO 1.—Pues... ¡Todos al ataque!

(Salen corriendo. Se llevan los libros).

ALTAVOZ.—Los suecos, que son unas personas civilizadas, han prohibido la venta de juguetes bélicos para que no se desarrollen en los niños los instintos bárbaros y guerreros. Necesitan que los niños que traen al mundo al menos no se maten entre ellos con fusiles lanzamisiles ni tanquetas todoterreno. Quieren que sean personas normalitas. Los suecos, tal vez porque son rubios, siempre han sido muy previsores.

Aquí seguimos siendo un poco más brutotes. La metralleta, la parabéllum y el goma-2 es que nos encantan, y, claro, los críos, pobres criaturas que se fijan en todo, ven guerrear a los mayores y ellos no quieren ser menos.

(Vuelven los niños vestidos de soldados. Entran en escena disparando con la metralleta. Los movimientos los harán con las manos).

NIÑO 1.—¿Queda alguno vivo?

NIÑO 2.—*(Mirando al público)*. Sí, uno *(Apunta con la metralleta imaginaria)*. ¿Le doy la puntilla?

NIÑA.—Déjale, para que lo cuente.

NIÑO 1.—No sé si debemos, que luego crecen y son peores.

NIÑA.—Por uno no pasa nada. ¡Qué tacaños os habéis vuelto en la guerra!

NIÑO 1.—Lo malo es si luego se junta con otro y después con otro y otro... y forman un cuarteto y ya sabemos por la historia que los cuartetos nunca son buenos.

NIÑO 2.—No nos podemos fiar de ellos.

(Se hacen señas. Sacan la mano Niña y Niño 1 para jugar a los chinos).

NIÑA.—Tres.

NIÑO 1.—Dos.

NIÑA.—*(Al fingido enemigo)*. Que dicen éstos que puedes vivir, pero que ojito con lo que haces y que no te juntes con malas compañías.

NIÑO 1.—Ya se sabe que Dios los cría y ellos se juntan.

NIÑO 2.—Este no tiene mala pinta.

NIÑA.—*(Frotándose las manos)*. Misión cumplida.

NIÑO 2.—Hemos hecho buen trabajo.

NIÑO 1.—¿Creéis que nos darán alguna medalla?

NIÑA.—Lo mismo si sobran...

(Se sientan a la mesa. Sacan de una mochila comida y una botella de vino).

NIÑO 1.—¡Lo que cansa una guerra!

NIÑA.—¡Y el hambre que da!

NIÑO 2.—Pásame la botella.

NIÑA.—Yo creo que esto de hacer la guerra es cuestión de edades. ¿Os habéis fijado que todos los que la preparan son abuelos, y algunos bisas?

NIÑO 1.—No tendrán otra cosa que hacer.

NIÑA.—A esas edades ya se sabe.

NIÑO 1.—Se vuelven como niños.

NIÑO 2.—Mucho analfaburro es lo que hay en el mundo.

NIÑO 1.—En la guerra, como decía San Pablo, lo importante no es ganar sino participar.

NIÑA.—Así han espelechado algunos países que yo me sé.

LOS DOS NIÑOS.—Y que nosotros nos callamos.

NIÑO 2.—De todos modos, las guerras se preparan demasia-

do y se calculan todos los detalles. Para mí que han perdido interés.

NIÑO 1.—Si es que ahora ya no tienen intríngulis. Contaba mi abuelo que cuando vino de Cuba le preguntaron que si había hecho algún acto heroico. Ya lo creo, dijo, me acerqué sigilosamente a uno de los enemigos y le corté los pies. Y después le preguntaron que por qué no la cabeza y contestó que porque ya se la habían cortado.

NIÑA.—El pobre hizo lo que pudo.

NIÑO 1.—Y tan orgulloso venía y buenas medallas trajo.

NIÑO 2.—Seguro que ahí comenzó lo de la tómbola.

NIÑO 1.—Hay premio para todos.

NIÑO 2.—Para guerras las de antes, luchaban con una pasión...

NIÑO 1.—Si es que hasta en las películas se les veía el fervor.

NIÑA.—¿Sabéis de lo que me he enterado?

NIÑO 1.—Cuenta, cuenta.

NIÑA.—Pero no lo digáis por ahí.

NIÑO 1.—¿No confías en nosotros?

NIÑO 2.—¿Cuándo te hemos fallado?

NIÑA.—Ya sabéis, a nadie.

(Se acercan los dos niños, al oído).

NIÑO 1.—No nos intrigues más.

NIÑA.—Pues me he enterado de que las guerras ya no se hacen por religión *(los dos niños se santiguan),* ni por ampliar territorios, ni por figurar en la historia.

NIÑO 2.—¡Es imposible!

NIÑA.—Lo que yo te diga.

NIÑO 1.—Pues vaya aburrimiento.

NIÑA.—Ahora se hacen por intereses, por vender armas, la pasta ¿entendéis? Como se empeñan en fabricar muchas armas, hay que darlas aire rápidamente para ganar dinero y, claro, las armas sólo se usan en las guerras.

LOS DOS NIÑOS.—*(Asombrados).* ¡Pero...!

NIÑA.—Es en serio.

NIÑO 2.—No me fío.

NIÑA.—Pues fíate, guapo. Se lo he oído a mi tío, sabe mucho. No se lo contéis a nadie, que si lo andáis diciendo, se les acaba la bicoca.

NIÑO 2.—¡Qué desilusión!

NIÑO 1.—Eso me suena a mentira.

NIÑO 2.—No puede ser.

NIÑO 1.—Se entera de eso mi abuelo y le da el soponcio.

NIÑO 2.—¡Y te lo ha dicho tu tío!

NIÑA.—Se lo estaba diciendo mi tío a otro señor y yo, que estaba detrás de la puerta, conecté la oreja. Esto os viene bien a vosotros que queréis ir a matar indios y cosas de esas.

NIÑO 2.—Yo ya no voy. Tengo que pensar otra cosa para cuando sea mayor.

NIÑO 1.—Con tanto anuncio de juguete bélico que sale por la tele casi no le queda a uno más remedio. Dan unas palizas de padre y muy señor mío con esas maravillas de ingenio juguetero.

VOZ.—*(En tono de anuncio)*. El fusil de la Guerra de las Galaxias a tu alcance. Ya puedes disfrutar de un ejército de madelmans con uniforme y equipo de combate. ¡Atrévete con el lanzamorteros...!

NIÑO 1.—¡Ta, ta, ta, ta! ¡Todos muertos!

NIÑA.—¡Tonto! Me has asustado *(Pausa)*. ¿Me dejáis seguir? Estaba en que mi tío decía que ahora las guerras se hacían por la pasta y el otro señor le contestaba que no estaba del todo conforme.

NIÑO 1.—*(Pensativo)*. O sea, que algo conforme sí. Aquí hay muchos trapos sucios.

NIÑA.—¡Figúrate! Y el señor le decía que cómo iban a quitar la vida, digo la ilusión a tanta gente después de las guerras que han pasado.

NIÑO 2.—¿Y qué decía tu tío?

NIÑA.—Decía que un ejemplo de esos intereses económicos era la guerra de las Malvinas contra las Bueninas. Y el otro le contestaba que era una guerra de experimentación: acuérdate de esos aviones de guerra ingleses los Phantom...

NIÑO 1.—*(Interrumpiendo)*. ¿Esos que son capaces de aterrizar en las antenas de un mosquito?

NIÑO 2.—¿Los mosquitos tienen antenas?

NIÑO 1.—Hoy día todo el mundo tiene televisión.

NIÑA.—O del barco Hermes tan sumamente perfecto o de los soldados ingleses preparados en el Nepal con todo el mimo. Hay que experimentar y si se mata a alguien no importa. Por otra parte, todos sabemos quiénes mueren.

NIÑO 1.—Siempre mueren los mismos.

NIÑO 2.—*(Resignado)*. Todo sea por el bien de la ciencia.

NIÑO 1.—Ni por la ciencia ni por nada. A mí me han dicho que hace muchos años las guerras no eran así, que se hacían a palos y a golpes y duraban mucho tiempo.

NIÑO 2.—Pero no moría ninguno.

NIÑO 1.—Alguno siempre moría... de aburrimiento. Se mantenían en forma y no caían en vicios.

NIÑA.—Es que esos hacían la guerra por vocación.

NIÑO 1.—Cuando terminaban una, a preparar otra.

NIÑO 2.—Hay que modernizarse. Las guerras a palos son muy largas y monótonas.

NIÑA.—Serían monótonas para los que daban, no para los que recibían.

NIÑO 1.—Yo creo que ahora las guerras se deberían resolver jugando al tute.

NIÑA.—¿Y si alguno no sabe jugar?

NIÑO 1.—Ya ves, hija, que aprenda.

NIÑA.—De hija, nada; al mismo nivel.

NIÑO 1.—Bueno, si no saben jugar al tute que se lo jueguen a las canicas, que es a lo que hemos jugado todos de pequeños.

NIÑA.—Y muchos de mayores.

NIÑO 2.—Seguro que alguno hacía chispas.

NIÑO 1.—Las chispas dan resaca.

NIÑO 2.—La resaca dolor de estómago.

NIÑA.—El dolor de estómago se cura tomando pastillas.

NIÑO 1.—Las pastillas valen dinero.

NIÑO 2.—El dinero cuesta ganarlo.

NIÑA.—Sólo lo ganan los que pueden.

NIÑO 1.—Pues eso, que es mejor que no haya guerras.

(Suena una marcha militar).

ALTAVOZ.—¡Atención, atención! Ha sido declarada la guerra por el país enemigo. Se convoca a filas a todas las personas comprendidas entre los 40 y los 15 años incluidos. Urgentemente se personen en la Comandancia más próxima. Allí se les informará detalladamente de su misión.

(Los niños se miran asustados. Uno se desdá un botón, le miran los otros y rápidamente se quitan todos la ropa de soldados y se quedan en pantalón corto. Recogen la comida. Tiran la ropa fuera del escenario).

NIÑO 2.—Vemos, que ya están cerca.

NIÑO 1.—¿En la guerra dan bombones?

NIÑO 2.—No creo. Lo que sí hay son bombonas.

NIÑO 1.—Pues que no cuenten conmigo.

(Se retira).

NIÑA.—*(A niño 1).* Espera. Yo me voy con mi mamá, que las mujeres no van a la guerra.

NIÑO 2.—No te fíes.

NIÑA.—No seas gafe.

(Los dos niños salen cogidos de la mano).

NIÑO 2.—Me voy al refugio del pueblo. No, no lo he preparado yo. Está preparado de cuando mi abuelo se pasó allí unos cuantos años. Cuando salió a la luz, había perdido el color. Decían en el pueblo que era un cobarde y él les contestaba que tenía alergia a la pólvora y que por eso no había ido a la guerra. Yo..., pensándolo bien, también tengo alergia a la pólvora. Todos aseguran que soy el vivo retrato de mi abuelo, así que me voy al refugio *(Al público).* ¿Y si me hago el pasao?

(Gestos de demente. Recorre el escenario y hace mutis).

FIN

TEORIA Y TECNICA TEATRAL

VOLUMEN

1. AMBITO ESCENICO
2. ESCENOGRAFIA
3. VESTUARIO
4. EFECTOS SONOROS
5. ILUMINACION
6. MUSICA ESCENICA
7. MAQUILLAJE
8. MASCARAS
9. UTILERIA
10. ORTOFONIA
11. LA EXPRESION EN EL TEATRO
12. EFECTOS ESPECIALES
13. TITERES Y MARIONETAS
14. MAQUINAS Y TRUCOS
15. LOS ENSAYOS
16. EL TEXTO DRAMATICO
17. LA ESTRUCTURA DRAMATICA
18. **LOS GENEROS DRAMATICOS**
19. DRAMATIZACION DE TEXTOS NO DRAMATICOS
20. ACOTACIONES Y CARACTERIZACION

Teoría y técnica teatral
LOS GENEROS DRAMATICOS
Juan Cervera
FRESNO'S 87

LOS GENEROS DRAMATICOS

Es sobradamente conocida la distinción entre ***tragedia, drama y comedia****. Es asaz notorio también que la pureza de tales géneros es difícil de mantener en muchas obras.*

Aristóteles definía la ***tragedia*** *como el poema dramático que encarna una acción grandiosa en la que, por medio de la lucha heroica con el destino o del choque de la voluntad contra las pasiones, se suscita en el espectador la impresión de temor y de compasión. El desenlace es fatalmente funesto. Fatal, por inevitable; funesto, por las malas consecuencias para el protagonista. En la tragedia el hombre ha de plegarse a las exigencias del destino sin solución. Características fundamentales de la tragedia son la calidad literaria del verso o de la prosa poética. Ante todo ello el espectador ha de recibir el impacto artístico de la* ***catarsis*** *que actúa como purificación de sus emociones.*

Como es lógico, en su conjunto, no puede decirse que la tragedia sea un género dramático especialmente apto para los niños cuya literatura exige,

como alimento de su esperanza, el final feliz. Pero no cabe negar que algunas representaciones religiosas, tal la Pasión de Cristo, crean momentos en los que aflora el sentimiento trágico, a la vez que se produce de algún modo la ***catarsis****. En estos casos el final feliz, por lo menos esperanzador, de la Resurrección, rompe, sin duda, el esquema de la tragedia clásica.*

La comedia

La comedia desarrolla una acción ordinaria que refleja incidentes de la vida humana a través del prisma festivo, en busca de la alegría y la risa del público. El ***desenlace*** *ha de ser feliz.*

Esta observación de la realidad, aparentemente superficial, puede realizarse desde los ángulos severos de la crítica y del ridículo, pero también desde el ángulo benevolente de la indulgencia y del entretenimiento. Destacar las aristas cómicas de la realidad es una manera de manifestar su disconformidad con ella. Y la risa del público ha sido calificada por Bergson como castigo.

Tratándose de teatro infantil en el que la ironía necesita la oportuna dosificación, provocar la sonrisa del niño es, a menudo, el medio ideal para inspirarle simpatía hacia el personaje amable o hacia la situación, así como suscitar sus iras hacia el personaje malvado es afirmar la conciencia del niño en el rechazo del mal.

La presencia de niños en escena mezclados con actores adultos suele crear dificultades a la hora

de la puesta en escena. Por eso, a menudo, más que el niño protagonista de una obra de teatro, que la condiciona sobremanera, se insiste reiteradamente en el niño partícipe y testigo de la acción, modelo de vicisitudes ante la misma y, en definitiva, objeto de identificación por parte del niño espectador, que sufre, llora, lucha y triunfa con él. Las reacciones externas e interiores del niño espectador ante los hechos que presencia son la máxima garantía de la participación del niño en el teatro, anhelo siempre perseguido por autores y directores. Hay casos de textos aniñados en su conjunto con la pretensión de acercar a los niños temas elevados. Sus resultados son de lo más grotesco y lamentable que se haya dado en la historia del teatro infantil.

El drama

Con frecuencia se le ha negado al drama entidad independiente de la comedia y de la tragedia. Con poca lucidez lo han considerado a veces híbrido de los otros dos géneros e incluso como posible subgénero de cualquiera de los dos.

Desde el punto de vista etimológico, ***drama*** *significa acción y como tal aparece en denominaciones genéricas como arte dramático, interpretación dramática, dramaturgia... sin matices hacia la tragedia o hacia la comedia. Incluso el término* ***drama*** *aparece vinculado a la bibliografía del texto infantil y de la dramatización, sobre todo por influencia de las versiones angloamericanas.*

Su uso fácilmente se justifica por la posibilidad de calificación determinante: así tenemos el ***drama lírico*** *con fusión equilibrada de poesía, música y escenografía, que en su máxima expresión constituye la* ***ópera****; el* ***drama religioso****, cuya determinación debe buscarse en el tema, y nos da el* ***auto****, el* ***auto sacramental****, los* ***milagros****, los* ***misterios*** *y las* ***moralidades****. De la misma forma podemos hablar de* ***drama histórico*** *y* ***drama psicológico*** *por no multiplicar los ejemplos.*

La preceptiva dramática moderna le atribuye al drama posición equidistante entre la tragedia y la comedia. Su ***desenlace****, fundamental para su clasificación, puede ser funesto o feliz, pero por medios naturales, sin intervención de fuerzas superiores insuperables, como sucede en la tragedia, en la que es fatalmente funesto.*

La admisión del drama en el repertorio del teatro infantil no sólo libera de la exclusividad de lo cómico, sino que permite ampliar la gama de los temas y de los tratamientos dramáticos propiciados por los textos. En definitiva, se enriquece el panorama del teatro infantil, y, aunque la exigencia del final feliz limite la aportación del drama como género, introduce estímulos para la variedad y la matización.

Otros géneros

Especialmente aptas para su puesta en escena por niños son otras obras de carácter menor en cuanto a la extensión y de características lúdicas

y expresivas con presencia de danza y canto. La ligereza suele ser su nota más destacada y la corta extensión va pareja. Estas ventajas son determinantes para jóvenes intérpretes: pasos y entremeses, así como sainetes, evocan reminiscencias clásicas; juguetes cómicos, zarzuelitas, estampas figuran entre los que a la brevedad unen la amenidad y la variedad temática.

La base argumental de estas obritas muchas veces no pasa de ser un chiste, un cuentecillo, una fábula o una situación sorprendente oportunamente escenificada. En cualquier caso habrá que distinguir entre lo que tiene calidad literaria y ofrece buenas perspectivas para la puesta en escena y esas absurdas piezas en las que se alarga la acción con diálogos innecesarios, o se rellena con tópicos y recursos manidos y vulgares.

Una valoración crítica, con la vista puesta en la representación por niños, ha de presidir siempre las lecturas de obras con intención selectiva realizadas por el director. Es sabido que la contemplación de una puesta en escena no siempre da la verdadera dimensión de un texto. Ciertos trucos de la dirección y la habilidad o simpatía de actores profesionales verdaderamente experimentados salvan textos, insalvables cuando no se cuenta con idénticos recursos y, por supuesto, con niños intérpretes.

Por el contario la experiencia acredita que determinados textos clásicos -tales los pasos de Lope de Rueda o algunas farsas francesas del siglo XV, por no citar más-, aunque a primera vista ofrezcan

dificultades, son excelente escuela para la iniciación de actores infantiles y juveniles.

De todas formas si el teatro para niños, representado por adultos, tiene que aumentar su repertorio, el repertorio de teatro breve para que lo puedan representar niños y adolescentes no está en mejores condiciones de número.

Actualmente algunos directores aficionados de teatro infantil o juvenil a menudo intentan montar textos que proceden del teatro comercial o de piezas representadas por televisión. El sistema no es el más adecuado para que los actores juveniles procedan con naturalidad, y tampoco para que no se desanimen ante los resultados obtenidos por los profesionales. Siempre será mejor trabajar con textos que los niños no han visto representar que hacer malas copias o parodias.

JUAN CERVERA

Premio Nacional de Literatura Infantil

Próxima aparición: DRAMATIZACION DE TEXTOS NO DRAMATICOS

Tomo nota

Tomo nota

Tomo nota

Tomo nota

el buzón de Fuente Dorada

Acabas de leer este libro y
te ha gustado. Ahora
piensas representar la obra y tienes
alguna dificultad. Pues bien, el grupo
de autores y especialistas que
hemos confeccionado esta
colección deseamos permanecer
a tu lado.
Si deseas formularnos tus dudas,
u opinar sobre el texto,
nosotros, con mucho gusto,
te mantendremos informado y
responderemos a tus preguntas.
Dirige tu carta a:

Teatro «FUENTE DORADA»
Caja de Ahorros Popular
Fuente Dorada, 6-7
47001 VALLADOLID

INDICE

DE PALABRA 5
LA CIUDAD DE LA LUZ 9
EN UNA BIBLIOTECA 33
DIALOGOS GUERREROS 53
TEORIA Y TECNICA TEATRAL 69
TOMO NOTA 81
EL BUZON DE FUENTE DORADA 85

También con nosotros

1. EL RATERILLO - LA MAQUINITA
   Lauro Olmo - Pilar Enciso
2. EL ARCA DE NOE
   María Clara Machado
   (Traducción de Carmen Bravo-Villasante)
3. TOLO Y LOS TAMBORES
   LA POSADA
   José González Torices
4. MORITO DE CARACATUCON
   Fernando Almena
5. TEATRO DEL REVES
   Ramón García
6. JONAS, JONAS
   Miguel Pacheco
7. LA OVEJA VERDE
   María del Pilar Romero del Río
8. QUIEN SIEMBRA VIENTOS
   Nuria Tubáu
9. LOS APUROS DE PAPA SOL
   Isabel Paraíso de Leal
10. MAS ALLA DE LOS CUENTOS
    Nicasi Camps i Pinós
11. DE AVENTURAS POR LA LUZ
    Luis Matilla
12. TEATRO FANTASTICO
    Armonía Rodríguez
13. GUIÑOL
    José María Osorio
14. ¡VAMOS A JUGAR!
    Alfonso Garrido Espinola
15. LA PASTORADA
    Joaquín Díaz - J. L. Alonso Ponga
16. EL PAIS SIN RISA
    Manuel Alonso Alcalde
17. LETRAS Y NUMEROS
    Rosa Font
18. LA CIUDAD DE LA LUZ
    Germán Díez Barrio
19. LA GRAN MURALLA
    Ignacio del Moral
20. PELOS AZULES
    (Primer Premio «Fuente Dorada»)
    Francisco Sánchez Muñoz - Fidel Villegas Gutiérrez.

Manos a la obra.

LA CIUDAD DE LA LUZ

Germán Díez Barrio

LA CIUDAD DE LA LUZ
EN UNA BIBLIOTECA
DIALOGOS GUERREROS

¿Has pensado lo que podrías hacer si un fantasma ocupara la torre más alta de tu ciudad y tiranizara a sus habitantes?

¿Cómo reaccionarías si un día vas a una biblioteca y de repente un libro se pone a charlar contigo y quiere contarte sus vivencias?

¿Qué pasaría si todos los hombres se enteraran un día de que las guerras no se hacen ni por religión, ni por ampliar territorios, ni por dominar..., sino por intereses económicos?

CAJA DE AHORROS POPULAR Valladolid